

CUENTOS COMPLETOS

VOCES / LITERATURA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Stefan Zweig, *Cuentos completos*
Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-8393-325-1
Depósito legal: M-28302-2022
IBIC: FYB

© De la traducción: Alberto Gordo, 2023
© De las ilustraciones de cubierta e interior: Arturo Garrido, 2023
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2023
c/ Madera 3, 1.º izquierda, 28004 Madrid
Teléfono: 915 227 251
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

STEFAN
ZWEIG

CUENTOS COMPLETOS

*Traducción
de Alberto Gordo*

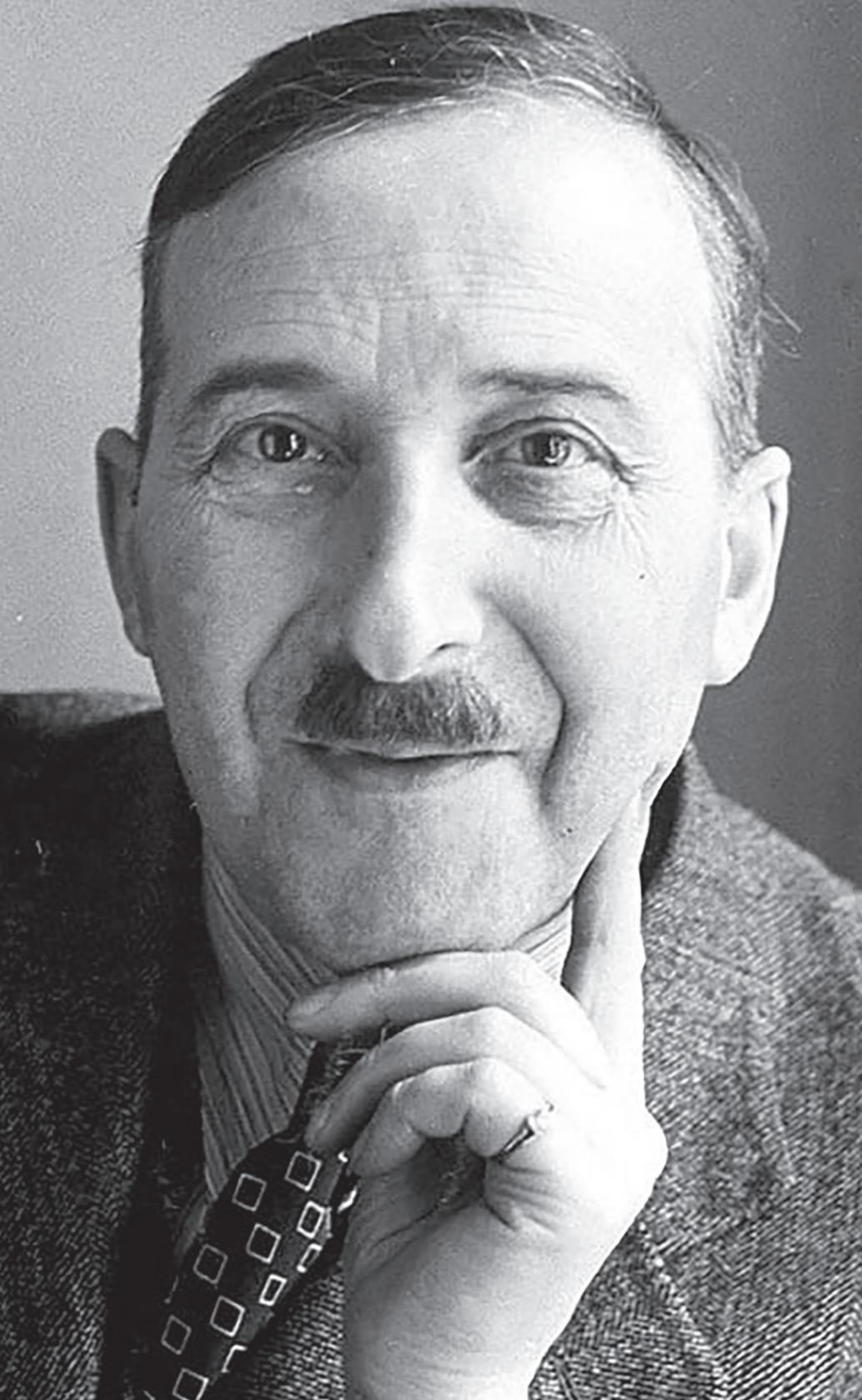
Ilustraciones de Arturo Garrido

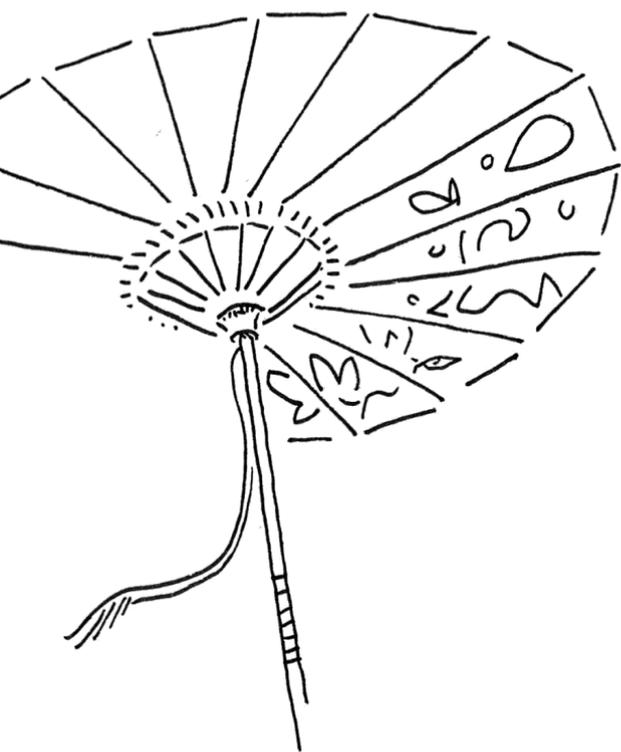


ÍNDICE

Sueños olvidados	13
Primavera en el Prater	21
Un holgazán	35
En la nieve	43
Dos solitarios	55
Los milagros de la vida	59
El amor de Erika Ewald	123
La estrella sobre el bosque	165
La caminata	175
La cruz	181
Escarlatina	191
Historia de un ocaso	247
Ardiente secreto	283
La institutriz	347
Historia en el crepúsculo	363
Novelita de verano	393
La obligación	403
Miedo	441
Los ojos del hermano eterno	499
Amok	535
Carta de una desconocida	587
Noche fantástica	623
La mujer y el paisaje	681
La colección invisible	703
Hundimiento de un corazón	717
Veinticuatro horas en la vida de una mujer	751
Confusión de sentimientos	811
Una boda en Lyon	889
Episodio en el lago Lemán	899
Resistencia de la realidad	907
Leporella	951
Mendel, el de los libros	977
Conocimiento casual de un oficio	1005

La callejuela del claro de luna	1039
Raquel litiga con Dios.	1057
La leyenda de la tercera paloma	1071
El candelabro enterrado	1075
Las hermanas iguales y desiguales	1171
Un ser humano memorable	1195
¿Fue él?	1201
La deuda pagada con retraso.	1233
Novela de ajedrez	1259
Wondrak	1311
Referencias bibliográficas.	1337
Índice alfabético de títulos en alemán.	1345
Índice alfabético de títulos en español	1347







SUEÑOS OLVIDADOS

(*Vergessene Träume*)

La villa estaba muy cerca del mar.

En los silenciosos y umbríos senderos de pinos se respiraba la saturada fuerza del aire salado del mar y una ligera brisa constante jugueteaba en torno a los naranjos y hacía caer aquí y allá, con cuidadosas caricias, una flor de vivos colores. La lejanía brillante del sol, las colinas en las que delicadas casas refulgían como perlas blancas, un faro a varias millas de distancia erguido como una vela, todo relucía con nítidos y delineados contornos y se insertaba, cual mosaico luminoso, en el azul profundo del éter. El mar, en el que rara vez caían lejos, muy lejos, como chispas blancas, las velas relucientes de barcos solitarios, se recostaba con el vaivén de sus olas en la terraza escalonada sobre la que se alzaba la villa, para ir subiendo después hacia el verdor del vasto y sombrío jardín y perderse allí en el parque cansado y silencioso como un cuento de hadas.

Desde la casa dormida, sobre la que se abatía el calor pesado de la mañana, un sendero estrecho y cubierto de grava discurría como una línea blanca hasta el fresco mirador, bajo el cual las olas retumbaban en acometidas salvajes e incesantes y despedían aquí y allá relucientes átomos de agua pulverizada, que bajo la cegadora luz del sol se engalanaban con el fulgor iridiscente de los diamantes. Allí las brillantes flechas del sol en parte rompían en lo alto de los pinos, reunidos como en una conversación amigable, y en parte chocaban contra una sombrilla japonesa bien abierta y estampada con divertidas figuras de colores vivos y desagradables.

A la sombra de ese parasol, una figura femenina se recostaba en un mullido butacón de paja, arrellanando con gusto sus bellas formas en el maleable tejido. Una mano fina y sin anillos pendía como distraída y jugaba, con caricias suaves y placenteras, con

el pelaje brillante y sedoso de un perro, mientras la otra sostenía un libro sobre el que los ojos oscuros y de pestañas negras, que parecían contener una sonrisa, concentraban su atención. Eran unos ojos grandes e intranquilos, cuya belleza realzaba un brillo opaco y velado. En general, la impresión fuerte y atractiva que ejercía el rostro oval, bien tallado, no era natural ni uniforme: se sustentaba más bien en el protagonismo refinado de detalles hermosos, todos cuidados con minuciosa y sensible coquetería. La aparente confusión sin tino de rizos perfumados y brillantes era la esmerada construcción de una artista, y también la sonrisa leve, que en la lectura crispaba los labios y descubría el esmalte blanco y bruñido de los dientes, era la resulta de años de pruebas frente al espejo, si bien se había convertido ya en un arte cotidiano firme e inamovible.

Un suave crujido en la arena.

Ella le mira sin moverse, como un gato bañándose en el cegador y cálido caudal de luz solar que parpadea perezoso con ojos fosforescentes ante el recién llegado.

Los pasos se acercan con rapidez y un criado con librea se detiene frente a ella, le entrega una tarjeta de visita y luego retrocede un poco y se queda a la espera.

Ella lee el nombre con esa expresión de sorpresa que tenemos cuando nos saluda en plena calle un desconocido con total familiaridad. Por un momento, se forman pequeñas arrugas encima de las cejas negras y perfiladas, que revelan la intensa reflexión, y un brillo alegre ilumina su rostro, los ojos chisporrotean con un eufórico destello al pensar en los días de juventud ya remotos, por completo olvidados, cuyas luminosas imágenes ese nombre ha vuelto a despertar en ella. Figuras y sueños toman forma de nuevo y se vuelven claros como la realidad.

—Ah, sí—recordó de pronto, vuelta hacia el criado—, el caballero, por supuesto, quiere verme.

El criado se fue con pasos suaves y sumisos. El silencio duró un minuto, solo el viento incansable cantaba con suavidad en las copas de los árboles, que pendían cargadas con el pesado oro del mediodía.

Y de repente, pasos ágiles que resonaron enérgicos en el camino de grava, una larga sombra que le llegó hasta los pies, y una alta figura masculina compareció ante ella, que se había levantado de golpe de su mullido asiento.

Primero se encontraron sus ojos. Él echó un vistazo rápido a la elegancia de la figura de la dama, cuya sonrisa de aire irónico centelleó también en sus ojos.

—Es de veras muy amable por su parte que aún se acuerde de mí —empezó la dama, extendiendo su mano espléndida, fina y bien cuidada, que él acarició respetuoso con los labios.

—Señora, seré sincero con usted, dado que es este un reencuentro tras muchos años y, me temo, lo será también para otros tantos más. Que haya venido es más bien fruto de la casualidad, el nombre del propietario de este palacio, sobre el cual me he informado debido a su magnífico emplazamiento, me recordó su propiedad. Así que lo cierto es que vengo en calidad de arrepentido.

—No por ello es menos bienvenido usted, pues yo tampoco recordaba en un primer momento su existencia, aunque en su día fuese bastante significativa para mí.

Ahora sonrieron los dos. La fragancia dulce y ligera del primer amor juvenil medio secreto había despertado en ellos con toda su dulzura embriagadora, como un sueño ante el cual, al despertarnos, torcemos el gesto desdeñosos, aunque en realidad deseamos soñarlo, vivirlo de nuevo. El bello sueño de lo inacabado, que solo desea y no se atreve a exigir, que solo promete y no da.

Siguieron hablando. Pero había ya cierta calidez en las voces, una tierna confianza, como solo un secreto tan risueño y ya casi desvanecido puede otorgar. Con palabras serenas, en las que aquí y allá un risa dichosa arrojaba sus perlas rodantes, hablaban de cosas pasadas, de poemas olvidados, flores marchitas, cintas perdidas y destruidas, pequeñas muestras de amor que habían intercambiado en la pequeña ciudad donde pasaron su juventud. Las viejas historias que, como leyendas pretéritas, agitaban en sus corazones campanas largamente enmudecidas y polvorientas, se colmaron despacio, muy despacio, de una solemnidad dolorosa y cansada, el final de su amor juvenil muerto cubría su conversación de una seriedad profunda, casi triste.